

El pasado del pasado. Artefacto prehistórico en una tumba de El Opeño, Michoacán

En Michoacán son pocas las regiones culturales y naturales que se han estudiado de manera sistemática. Lo mismo puede decirse de los materiales arqueológicos obtenidos en ellas. Sobresalen los sitios en la depresión del río Lerma (Región de los Valles) y que circundan cuencas lacustres o palustres, como los de las Lomas de Zacapu (Arnauld, *et al.* 1988; Michelet, *et al.* 1988; 1989; Carot, 1990; 1992), además de aquellos otros lugares cercanos o ubicados en torno a la laguna de Cuitzeo (Macías, 1988; 1990; Moedano, 1946; Florance, 1985). Otra área con varios estudios es la Meseta Tarasca, donde por igual los asentamientos se encuentran alrededor de distintas cuencas, en este caso la del lago de Pátzcuaro (Pollard, 1977 y 1980). De hecho, en esas porciones se localizan cinco de las siete zonas arqueológicas abiertas al turismo, entre ellas Tingambato, que está en las estribaciones de dicha meseta y San Felipe los Alzati, aislada de las demás, entre Michoacán y el Estado de México. Fuera de aquí quedan las regiones mayores y menos exploradas, ubicadas hacia la Sierra Madre, y la Tierra Caliente (Brand, 1942; Goggin, 1943; Kelly, 1947; Lister, 1947; Grave y Pulido, 2000), y también a la Costa (Novela, R. 1999).

Cabe señalar que los sitios más estudiados pertenecen al Posclásico tardío o a fechas próximas al arribo de los europeos. Por supuesto se trata del momento que cuenta con mayor información, inclusive documental y etnográfica, de donde puede afirmarse que Michoacán es conocido básicamente por el llamado “imperio tarasco” (p’urhépecha), considerado como el elemento más relevante en el estado. Sin embargo, se trata de una situación equívoca, ya que este grupo no fue el único que aquí habitó ni el más trascendental ni mucho menos el más antiguo. Los pocos estudios realizados en lugares con otras características geográficas o culturales proponen una imagen bien diferente

*Centro INAH Michoacán. oliver@mail.mt.com.mx

**Licenciatura de Arqueología, ENAH-INAH, gicassiano@aol.com

dentro de la tradición Teuchitlán, de Jalisco (Weigand, 1996).

En busca de otros posibles lugares de contacto, que seguramente pudieron existir a lo largo del río Lerma, sucede algo semejante. Rumbo al Altiplano Central, en el Estado de México y en lugares como Tlatilco, Zohapilco o Tlapacoya también hay elementos comunes con El Opeño, como por ejemplo los “yuguitos” y las puntas de proyectil tipo “Tlatilco”,³ además de la alfarería pintada y decorada al negativo. Sin embargo, de nueva cuenta, a la fecha no se han registrado tumbas (Niederberger, 1976 y 1987) y otros casos similares han sido reportados para Morelos (Grove, 1970a y 1974b). De esta manera, es evidente el vacío de información utilizable para establecer correlaciones con El Opeño.

Los contextos funerarios

Entre los materiales de ofrenda de El Opeño destaca la cerámica en forma de vasijas y figurillas, pero, no son menos interesantes los instrumentos fabricados en hueso, concha o piedra. Un reto importante consiste en llegar a entender qué tipos de necesidades tenían los usuarios de las tumbas y cómo la producción de artefactos estaba dirigida a satisfacer las creencias, las exigencias o las obligaciones que tenían aquellas sociedades. Lo anterior se manifestaba en las prácticas asociadas a los rituales luctuosos, agrupando los requisitos destinados a complacer a sus difuntos y diferenciándolos de los encomendados a venerar a la muerte.

De la industria lítica, hasta ahora se han rescatado objetos de piedra tallada, entre los que destacan las puntas. Igual hay utensilios de piedra pulida, en especial aquellos aplicados a la molienda y los relacionados con el adorno personal, la contemplación, la dádiva, el obsequio y

el intercambio: las piezas llamadas de manera un tanto exagerada “suntuarias”. También hay objetos que muestran tecnologías precursoras de la escultura y de la talla mayor en piedra; para ello se utilizaron diferentes tipos de rocas —como el basalto—, el tezontle, la jadeita de diferentes tonalidades y algunos cristales. En un nivel general se observa que las producciones artesanales tempranas expresan la búsqueda de materias primas novedosas y una mayor libertad en los diseños y tecnologías, sobre todo en comparación con épocas posteriores, cuando ya es clara la aceptación de técnicas que satisfacen necesidades de un alta demanda comercial estandarizada.

Durante la última temporada de excavación en El Opeño (1991), se recuperaron 88 artefactos líticos los cuales, aunados a los 16 encontrados en 1970, más los ocho reportados por Noguera, suman ahora 112. Entre ellos predominan las puntas bifaciales, una categoría de herramientas donde se pueden contrastar argumentos sobre técnicas, estilos de manufactura y funciones. La materia prima más abundante es la obsidiana negra, seguida por la gris y la café con vetas negras. En color verde sólo hay un par de ejemplares. Al parecer la mayoría procede de fuentes locales como Zinapécuaro, Ucareo o Zinápáparo, (Cárdenas, 1990: 99-122), mientras que la obsidiana verde posiblemente es de la Sierra de las Navajas, en Hidalgo (Pastrana, 1988 y 1994). También se utilizó el pedernal (roca criptocristalina), más otros cristales de calcedonia y cuarzo.

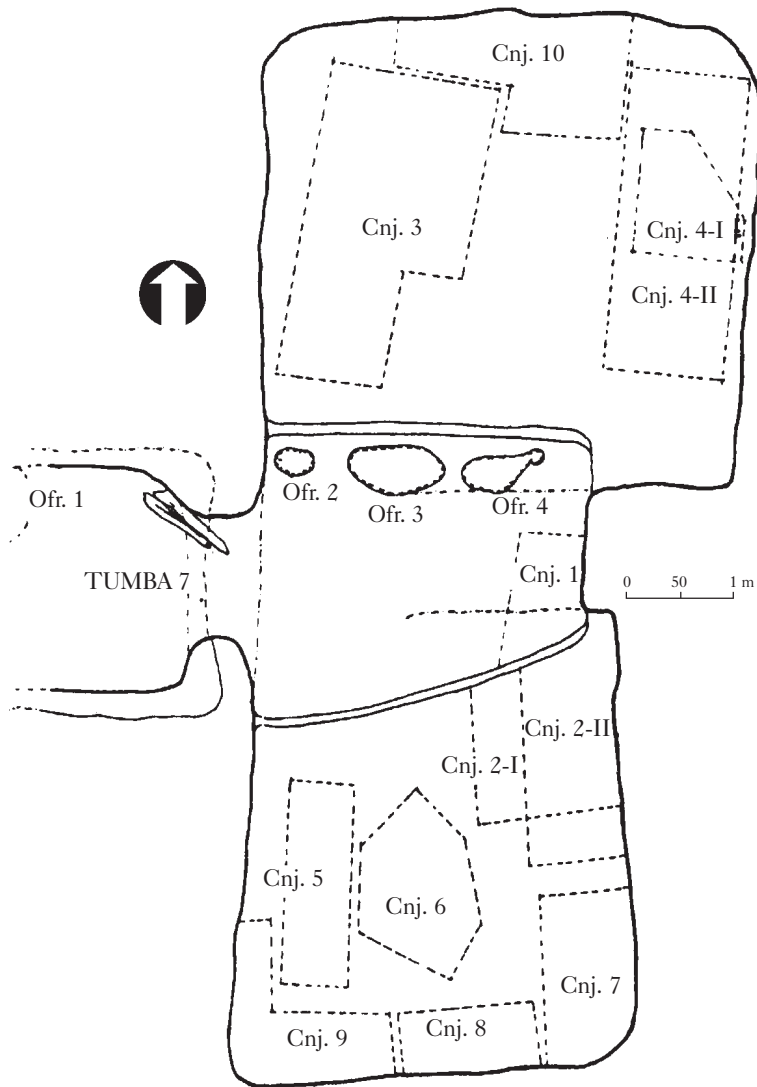
Al examinar el *corpus* de objetos de ofrenda de dos de las tumbas (la núm. 3 excavada en 1970 y la núm. 6, en 1991), se identificaron los desechos de fabricación de puntas de obsidiana, núcleos preparados, piezas en proceso y lascas, todo diseminado por el pasillo interior de dichas sepulturas. Sin duda se trata de huellas de actividades artesanales realizadas cerca de un cuerpo inerte y en el seno de un rito funerario, lo cual implica la consagración del espacio y de un momento clave. Ambos asuntos remiten, por lo tanto, a una práctica propiciatoria al interior de

³ Sobre la evidente semejanza de estos artefactos con los de Tlatilco, habría que subrayar la mención de Porter (1953), acerca de otra referencia entre las puntas “Tlatilco” y las que Vaillant encontró en su fase Zacatenco Medio (Vaillant, 1930, pl. XLVII).

ese recinto, considerado sagrado, al mismo tiempo que descubren el papel que jugaban las herramientas líticas —además de su manufactura— en la ideología de tal sociedad. Podría tratarse de una honra semejante a aquella dejada varios siglos después en lugares como el Templo Mayor de Tenochtitlan.

En relación con las características de las tumbas exploradas en 1991, la núm. 7 merece particular atención por sus dimensiones excepcionales, que la convierten hasta el momento en el ejemplo máximo de arquitectura funeraria en este lugar. Su acceso es un pasillo escalonado, de 12 m de largo por 2 m de ancho y más de 7 m de profundidad. El pasillo conduce a un vestíbulo, el cual se une con la puerta de entrada a la cámara funeraria. Ésta tiene forma de bóveda y planta irregular; mide 9 m de largo por 4.1 m de ancho y 2.1 m de altura. El contenido cultural resultó bastante peculiar, en lo que toca a restos humanos y a objetos de ofrenda. El registro de elementos fue realizado por conjuntos, de acuerdo con la ubicación en el seno de la cámara (fig. 2).

Además, en cada conjunto se localizaron los huesos clave (cráneos, fémures, sacros), así como los artefactos que supuestamente acompañaban a dichos cuerpos. En la tumba se observó una sustancial remoción de despojos y objetos, debido a la existencia de más de una utilización: es decir, las huellas de usos, acomodos, ritos y diferentes manipulaciones. Por lo pronto, fue notoria la desarticulación de esqueletos que integraban inhumaciones primarias, hasta quedar convertidos en osarios. Sólo en esta tumba fueron inhumadas 102 personas, entre hombres y mujeres,

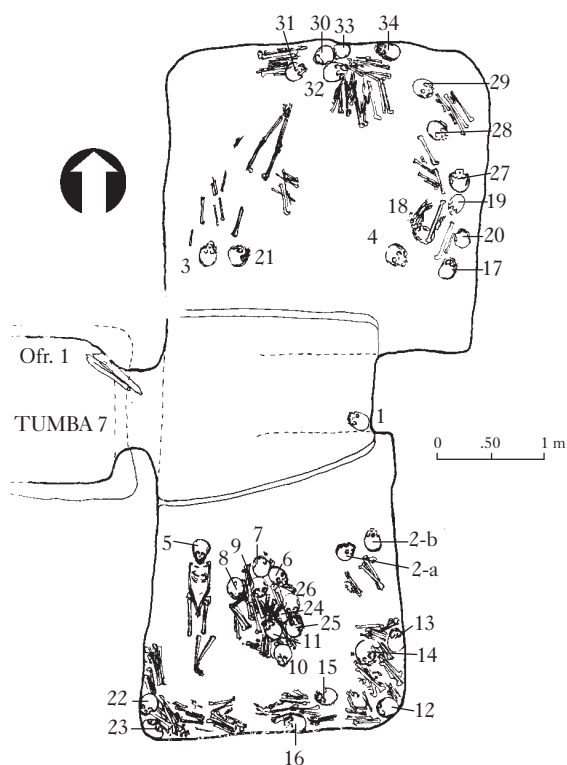


● Fig. 2 Tumba 7. Distribución de inhumaciones primarias, osarios y ofrendas (dibujo realizado por Oliveros-91).

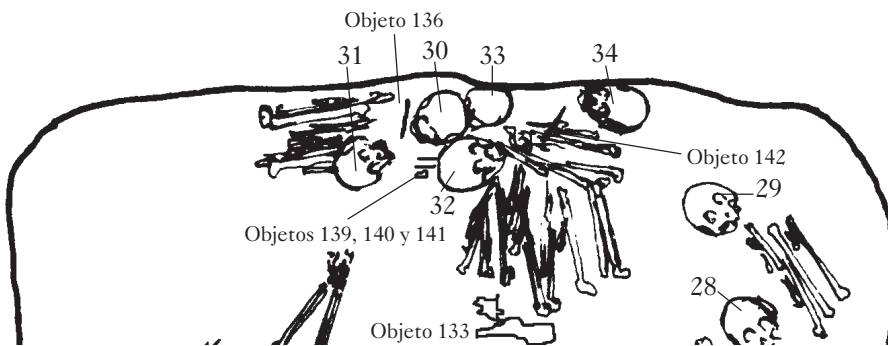
distribuidos por edad en niños, jóvenes, adultos y ancianos⁴ (fig. 3).

En la misma tumba 7 se localizó el artefacto que es objeto de estudio de este trabajo y que fue marcado con el número de catálogo T-7, 142. Se recuperó del Conjunto 10, al fondo norte de la cámara funeraria (fig. 4), formando parte del osario integrado por los cráneos 32, 33 y 34. De

⁴ El material óseo fue estudiado por las antropólogas físicas Patricia Hernández Espinosa y María Elena Salas. Se pueden consultar las tablas correspondientes en Oliveros, 2000.



● Fig. 3 Tumba 7. Representación esquemática de inhumaciones primarias y osarios.



● Fig. 4 Tumba 7. Ubicación de la pieza prehistórica (objeto núm. 142).

igual manera estaba asociado a otros cuatro diferentes objetos.⁵ Dicho artefacto tiene terminación plana en un extremo, posiblemente para su enmangue, por lo que al rescatarlo se pensó que era cuchillo o punta de lanza, básicamente

⁵ El objeto núm. 133 es una figurilla modelada en barro, del Grupo 2. El 134 perro en miniatura, tallado en escoria volcánica. Los 139, 140 y 141 son fragmentos de una aguja trabajada en hueso animal. Núm. 136 es un punzón tallado en un hueso largo humano, decorado en su extremo plano con líneas esgrafiadas. Véase catálogo en Oliveros, 2000.

por sus dimensiones. Sus características formales y rasgos técnicos remiten a un entorno tecnológico muy diferente al de las demás piezas de ofrenda, además hace clara alusión a las épocas de presencia temprana del hombre, quizá en el centro del país.

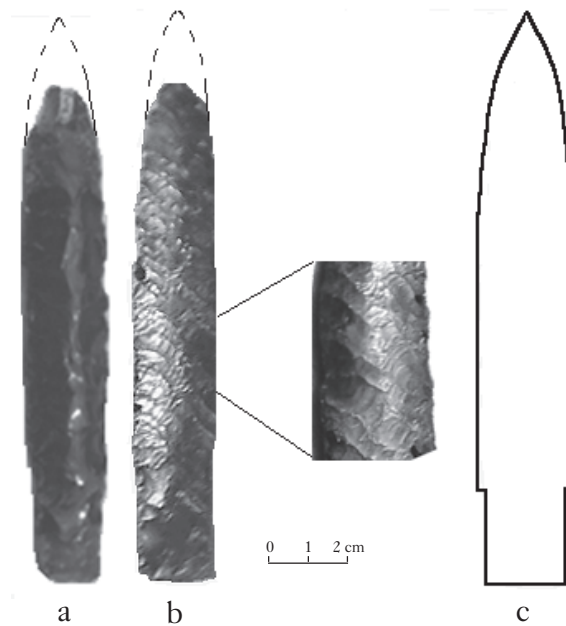
Descripción del instrumento prehistórico

Se trata de un bifacial alargado y angosto, fabricado en obsidiana verde. Mide 13 cm de largo, 2.2 cm de ancho y 0.9 cm de espesor. El índice entre largo y ancho (l/a) es de 5.9 y el de ancho sobre espesor (a/e) es de 2.4. Considerando que está roto en la punta, podría haber llegado a medir unos 15 cm de longitud y así su índice l/a sería de 6.8. Una cara, fuertemente patinada, está retocada por presión, con cicatrices paralelas inclinadas y muy regulares; la mayoría de las cuales se unen en el centro, formando una arista casi rectilínea (fig. 5b). La otra cara, exceptuando la porción proximal, presenta retoques anchos, planos e irregulares en

tamaño, por percusión directa que se unen en el centro de la pieza conformando una arista irregular (fig. 5a). Esta cara es “fresca”, es decir no posee ninguna pátina. El nuevo retoque seguramente provocó también una reducción del ancho, por lo menos en unos

2 o 3 mm con respecto a su dimensión original. La porción proximal, hasta unos 2 cm por ambos lados presenta retoques finos por presión, fuerte pátina y un “pulido” moderado de los filos.⁶

⁶ Este rasgo es importante para la definición del carácter “paleoindio” de las puntas, pero no debe ser asumido como determinante, ya que aun durante esta “etapa” muchas piezas carecen de él y además se puede encontrar en herramientas de épocas recientes como el Posclásico tardío.



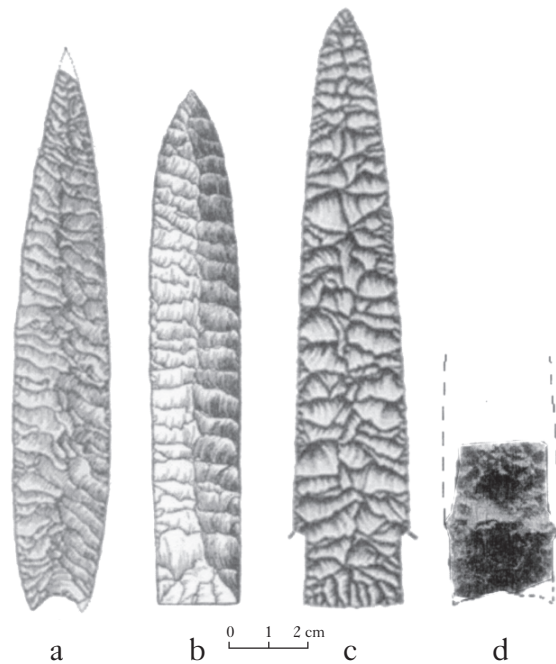
● Fig. 5 El Opeño: Cara reavivada (a), Cara original (b), Reconstrucción esquemática (c).

Por lo tanto, en la pieza se reconocen dos etapas de manufactura, la más antigua que se manifiesta en el retoque regular por presión, y la más reciente, eliminando por percusión ese retoque en una cara. El que la porción proximal esté un poco metida formando un pedúnculo sugiere que la forma original de la pieza pudo haber sido como se ilustra en la figura 5c. El retoque reciente tuvo, entre otros objetivos, el de formar un filo continuo y eliminar el pedúnculo. Por último, la porción distal presenta una fractura longitudinal en pseudoburil que invade la cara patinada. Ésta es una huella de uso típica de las puntas arrojadizas. En nuestro caso, por su gran tamaño, la primera función de este bifacial fue probablemente la de punta de dardo o lanza.

Relaciones culturales

Por la forma, las dimensiones y las proporciones, este instrumento podría pertenecer a la “familia” de las Eden-Scottsbluff, ya que posee los atributos de ancho y espesor de la primera, y la base angostada de la segunda. Las medidas

de longitud y ancho, aun más, los índices l/a y a/e , sitúan a la pieza en el rango de las Eden (fig. 6b) más que de las Scottsbluff (fig. 6c).⁷ Su distribución va desde el sur de Canadá hasta Texas y Colorado, es decir corresponde con la región conocida como *Central y High Plains*, sin invadir la planicie de la Costa del Golfo de Estados Unidos, ni el Suroeste o California. Esta herramienta, considerada como punta arrojadiza en las áreas de definición, como el sitio de Hell Gap en Wyoming, muestra una asociación clara con localidades de matanza de bison, por desbarrancamiento y por entrapamiento en cañadas. La cronología de Hell Gap⁸ ubica esta familia tipológica entre fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno.



● Fig. 6 El platanal (a), Michoacán (modif. de Faugere-Kalfon, 1996), Eden (b) (modif. de Frison, 1991), Scottsbluff (c) (modif. de Frison, 1991), Yerbabuena (d), Hidalgo.

⁷ Parece, por otro lado, que tiene pocas semejanzas con el tipo Agate Basin, porque presenta un retoque mucho más fino que éste y es más espesa proporcionalmente. La Agate Basin de todos modos ha sido identificada como precursora de la Eden y de la Scottsbluff en sitios como Hell (Frison, 1991).

⁸ Éste no es propiamente un sitio, sino un conjunto de localidades con una secuencia cultural compleja, que va desde el Paleoindio hasta el Arcaico medio.

Hay evidencias de que la transición climática que iba concluyendo propició la desaparición de la megafauna y aceleró la proliferación de nuevas especies de bisonte,⁹ las cuales se conducían por una estacionalidad más marcada (Frison, 1991). De ser ciertas estas inferencias de los paleozoólogos, la sustitución por extinción de especies en el bisonte estimuló un cambio económico en la organización social ya que, antes de las extinciones masivas, la producción de alimentos probablemente se fundaba en la mayor distribución, a lo largo del año, así como el aprovechamiento de recursos de caza y recolección.

A principios del Holoceno, se empieza a imponer la necesidad de una calendarización más precisa de las cacerías y en un contexto de fronteras políticas bien marcadas. Esto se manifestó en la aparición de estrategias estacionales, enfocadas hacia grandes cacerías en las que participaban muchos individuos, con una división de tareas que implicaba nuevas habilidades y formas de cooperación compleja.

A la fecha, para México sólo tenemos indicios vagos de la presencia de esta “tradicción”, con sus correspondientes pautas económicas. Se supone que las condiciones semiáridas y cálidas de gran parte del norte y noroeste no favorecieron los ecosistemas de estepa templada como los de las Grandes Planicies (*Plains*) y la proliferación de manadas de bisonte, del que sin embargo hay reportes hasta la península de Yucatán (García-Bárcena, 1982). Así, la revisión bibliográfica, realizada para detectar similitudes en el terreno de la morfología lítica, ha arrojado resultados limitados para atributos aislados. En la figura 7 se resumen algunos rasgos cuantitativos de las puntas.

⁹ Éste es un herbívoro rumiante de planicie que forma grandes manadas, a diferencia de su pariente pleistocénico, más grande pero menos gregario, lo que hacía poco eficientes las estrategias de cacería por entrampamiento.

<i>Sitio</i>	<i>largo real</i>	<i>largo est.</i>	<i>ancho</i>	<i>espesor</i>	<i>l/a real</i>	<i>l/a est.</i>	<i>a/e</i>
El Opeño	13.0	15.0	2.2	0.9	5.9	6.8	2.4
El Platanal	11.2	12.0	2.2	1.2	5.1	5.4	1.8
Sta. Isabel Iztapan I	6.0	7.0	2.7	n.d.	2.2	2.6	n.d.
Tehuacán	8.1	8.1	4.1	0.9	2.0	2.0	4.5
Los Grifos	6.9	8.5	4.0	.55	1.7	2.1	7.3
Atemajac	16	18	2.3	1.3	7.0	8	1.8

● Fig. 7 Cuadro comparativo-cuantitativo de las piezas mencionadas en el artículo. El largo estimado es una aproximación a la longitud original de la pieza, ya que todas están incompletas en diferentes grados (medidas en cm).

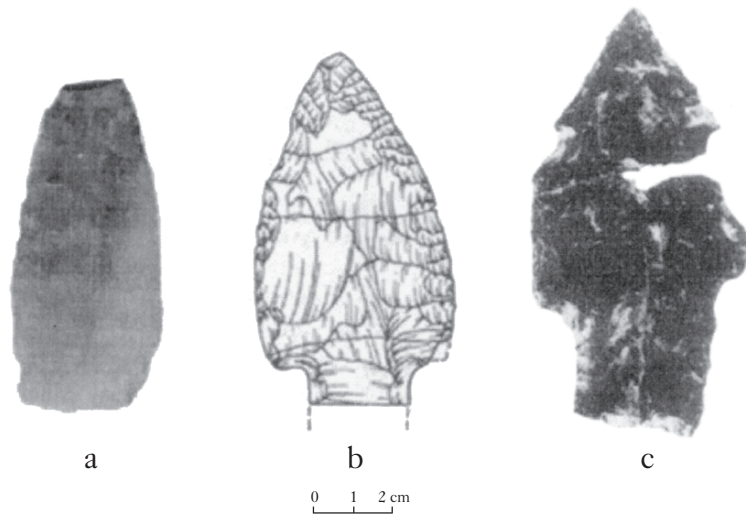
En primer lugar está el bifacial de la cueva de El Platanal, sitio que se encuentra también en el estado de Michoacán (Faugere-Kalfon, 1996). La pieza (fig. 6a) desafortunadamente fuera de contexto, fue manufacturada en obsidiana negra. El retoque quizá es el rasgo más parecido con la de El Opeño, ya que es paralelo, muy fino, probablemente por presión y por igual se une en el centro de las caras formando una arista casi rectilínea. La longitud es de 11.2 cm, aunque considerando que falta la extremidad distal, puede llegar a los 12 cm; el ancho es de 2.2 cm y el espesor es de 1.2 cm. El índice l/a es de 5.5 y el de a/e es de 1.8, lo que sitúa a la pieza un poco por debajo del rango inferior del tipo Eden, que es de 2. Sin embargo, la base cóncava es un rasgo atípico y no se menciona si hay pulido látero-basal. Sin querer exagerar con las identificaciones tipológicas, se podría decir que esta pieza entra en el grupo de las Allen, también encontradas en el sitio de Hell Gap o en el de las Plainview tardías, aunque la primera asignación es más probable.

Otro ejemplar definido como una Scottsbluff “aberrante”, ha sido encontrado en una componente de la fase El Riego en Tehuacán, lo que le otorga una fecha entre 9 600 y 7 000 años a. p. (MacNeish *et al.* 1967) (fig. 8c). Se trata de una gran punta en obsidiana, que mide 8.1 cm de longitud, 4.1 cm de ancho y 0.9 cm de espesor. El índice l/a es de 2.0 y el de a/e es de 4.5. Esta última proporción diferencia este tipo de la Scottsbluff, puesto que evidentemente se trata de una pieza muy delgada. Ni el pedúnculo, relativamente largo y angosto, ni el retoque

por percusión corresponden a la definición del tipo. De ahí el término “aberrante”. Posee un intenso pulido látero-basal en el pedúnculo, que es una característica “paleoindia”, como ya se señaló y cabe hacer notar que el angostamiento basal se debe precisamente a ese pulido, más que a una intención previa. Por este rasgo, que desaparece durante el Holoceno temprano y por su morfología general, la punta podría ubicarse entre el 9 000 y el 8 000 a.p., entre las “pedunculadas tempranas”. Es interesante la mención del uso de obsidiana, aunque no se proporcionan características más específicas de la materia prima, que podrían aproximar a su procedencia.

El ejemplar de Tehuacán tiene bastante parecido con otro de la cueva de Los Grifos, ahí definido como “cola de pescado”. (Santamaría y García-Bárcena, 1989) (fig. 8b). Comparte rasgos estilísticos con un tipo del grupo Alberta, más o menos de la misma cronología. La punta más completa de Los Grifos (fecha hacia 8930+/-150 a.p.) fue fabricada en pedernal; su largo total debió haber sido de 8 a 9 cm, el ancho de 4 cm y el espesor promedio de .55 cm. El índice inferido de l/a es de 2.1 y el de a/e es de 7.3, siendo esta pieza más delgada que la anterior; sin embargo esto podría deberse a que el pedernal es un material mucho más resistente que la obsidiana. Fue reafilada con un retoque corto en bisel,¹⁰ rasgo que se vuelve común a partir de unos 7 000 años. Desafortunadamente carece de la porción proximal, lo que la hace de difícil clasificación, aunque puede considerarse también dentro de las “pedunculadas tempranas” más que “cola de pescado”.

En el área de Metztitlan también se han encontrado bifaciales que morfológicamente com-



● Fig. 8 Sta. Isabel Iztapan, Edo. de México (a) (modif. de Lorenzo y Mirambell, 1986), Cueva de Los Grifos, Chiapas (b) (modif. de Santamaría y García-Bárcena, 1989), Tehuacán (c) (modif. de MacNeish *et al.* 1967).

parten algunos rasgos (Cassiano, 1998) (fig. 6d). Tipológicamente entran dentro de un grupo definido como Hoxie por Turner y Hester (1985), que lo asignan al Holoceno temprano. Aquí también cabe señalar diferencias importantes que se refieren a la técnica de fabricación por percusión y con un acabado marginal por presión. El pulido látero basal ligero y la construcción general menos robusta, además de una técnica de reacondicionamiento que produce el angostamiento en forma cóncava de los filos, sugiere su uso como cuchillo (Cassiano, en prensa). Desafortunadamente se cuenta sólo con extremidades proximales, por lo que no es posible manejar medidas; la materia prima utilizada es obsidiana de Zacualtipan y de la Sierra de las Navajas. En esta última, cerca del pueblo de Nopalillo, también han sido recolectadas piezas parecidas en obsidiana verde, que se encuentran en fase de estudio.

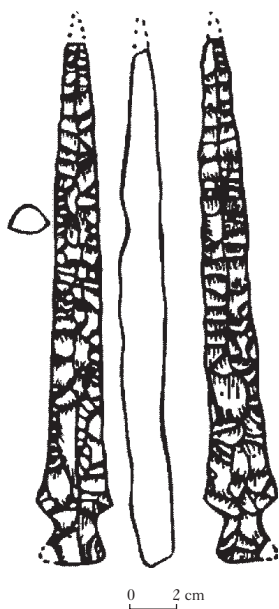
Otro reporte de un bifacial originalmente incluido en la tipología Scottsbluff procede de las excavaciones de Santa Isabel Iztapan I, en la Cuenca de México¹¹ (Lorenzo y Mirambell,

¹⁰Esto llevó a los autores a considerar una posible reutilización como cuchillo.

¹¹Tenemos ciertas reservas sobre la naturaleza del contexto cultural, considerando que también se incluye dentro de los elementos asociados una navajilla prismática de obsidiana, aparentemente de filiación azteca.

1986) (fig. 8a). Sin embargo, ni la morfología ni la técnica de fabricación ofrecen un parecido cercano. Por ejemplo, no se aprecia la escotadura basal que marca un pedúnculo, y los retoques —aunque de buena manufactura—, parecen ser por percusión directa. Por otro lado no se sabe si tenía pulido látero-basal. Fue fabricado en pedernal grisáceo oscuro y mide 6 cm de largo (podría haber llegado a 7, considerando que falta el extremo distal). El ancho máximo es de 2.7 cm y no hay información acerca de su espesor. El índice l/a es de 2.6, si se utiliza el valor de longitud restituido. En realidad es muy difícil asignarla a un grupo tipológico, ya que sus atributos y medidas la separan de los demás ejemplares descritos.

Por último, existen unas piezas menos antiguas pero cuyo interés radica en haber sido halladas también al interior de tumbas llamadas de tiro. En la tumba 8 del Valle de Atemajac, Jalisco, Galván (1991) reporta dos grandes “puntas” en obsidiana gris que, lamentablemente, están incompletas. Él clasifica a ambas en un tipo nuevo, que denomina Tabachines (fig. 9). Miden respectivamente 16 y 9 cm de longitud por unos 2.3 cm de ancho máximo; la longitud máxima podría estimarse en unos 18 cm y así el



● Fig. 9 Atemajac, Jalisco (modificado de Galván, 1991).

índice l/a sería de 8. Por otro lado, el espesor calculado a partir de un dibujo es de 1.3 cm aproximados, así que el índice a/e sería de 1.8. La forma en planta es triangular con dos muescas laterales cercanas a la base y el corte transversal es *grosso modo* romboidal, lo que le confiere una estructura robusta, aunque la extremidad distal forma un ángulo muy agudo.

La descripción del autor es muy general y los dibujos bastante aproximados y de dimensiones reducidas, aunque parecería que el retoque fue por presión, con cicatrices paralelas y en partes, regulares. La presencia de una tercera punta, aparentemente en proceso de fabricación, sugiere la posibilidad de una manufactura local. Aunque las similitudes con la pieza de El Opeño se dan en un ámbito mucho más amplio —ya que la morfología es bastante diferente—, no deja de llamar la atención que se trata de piezas espesas y alargadas. También hay que considerar que la cronología las separa mucho, ya que Galván plantea como fecha más antigua la del 700 a.C. Aun el tipo de tumbas es muy diferente.

De esta breve discusión se pueden extraer varias consideraciones. Tomando en cuenta el material publicado, no hay antecedentes claros de la tipología Eden en México como para poder justificar su presencia en Michoacán a partir de un proceso de poblamiento desde el norte. Hay unos cuantos elementos líticos dispersos que comparten rasgos, pero son insuficientes para hablar de una presencia tecnológica de este tipo en el país. La materia prima obsidiana verde podría proceder de la Sierra de las Navajas, aunque harían falta análisis físico-químicos para confirmarlo. En las cercanías de los yacimientos no se han encontrado puntas de este tipo, pero han aparecido otras en superficie, con rasgos propios del Holoceno temprano, las cuales presentan similitudes con ejemplares de la zona de Metztitlan y con tipos de las planicies orientales y las altiplanicies de Estados Unidos.

Una pregunta fundamental es cómo y por qué llegó la pieza prehistórica a una ofrenda de esa

tumba del Formativo. Los lasqueos “frescos” que presenta el objeto no fueron realizados dentro de la sepultura con fines rituales, ya que en ella no se encontraron lascas de obsidiana verde, así que esta pieza participó de un contexto vivo por la forma en que se encontró. La fractura de la extremidad distal señala que no fue usada como instrumento punzante, ya que tal porción no fue apuntada desde el momento en que la pieza se halló. A pesar del reavivamiento de una cara, el filo a simple vista no presenta huellas de uso como cuchillo. La fuerte pátina indica una exposición a la intemperie durante mucho tiempo y en condiciones de gran intemperismo físico, quizá las de una zona semiárida.

Por lo anterior, es de suponer que la punta se rompió durante su utilización en una cacería o en un enfrentamiento entre cazadores en algún momento del Holoceno temprano. Probablemente es una herramienta extraviada, puesto que ya no fue reparada para volverse a usar. En ese caso, pudo haber sido un elemento aislado en superficie, ya que de haber estado asociada a un área de actividad en un depósito, no estaría tan intemperizada. En algún momento esta pieza fue encontrada y recolectada, aunque no necesariamente durante el Formativo ni por los constructores de tumbas de El Opeño.

Si el artefacto es resultado de un intercambio, habría que determinar de qué zona llegó y por cuáles materiales fue trocado. Su materia prima sugiere una procedencia desde el Altiplano, aunque no necesariamente de la zona de la Sierra de las Navajas, ya que la obsidiana verde es muy escasa en las ofrendas. Cabe señalar que el color verde predomina en la categoría de las cuentas, que son de jadeita procedente al parecer de Centroamérica.

Por tipología podríamos suponer una procedencia norteña, pero por el momento esta pregunta no se puede contestar; sin embargo es interesante notar que ya existen unos cuantos elementos de este tipo fuera de contexto en el Occidente. Aquí consideraríamos las piezas de

la cueva de El Platanal, las de la tumba de tiro del Valle de Atemajac, la porción basal de una punta Clovis hallada en Teuchitlan (Rodrigo Esparza, comunicación personal) y la pieza aquí presentada. Aunque se trata de pocos datos, bien vale la pena seguir rastreando las huellas de éstos y otros elementos para establecer una asociación consistente con los contextos rituales.

Consideraciones finales

Una revisión general del tipo de objetos depositados como ofrenda, sin duda marca pautas sobre su presencia en los funerales: una presencia obligada a través de la marcha paralela entre la vida y la muerte que siguieron los pobladores de El Opeño. De aquí surge la pregunta sobre el papel que estos artefactos jugaban dentro de las tumbas, o en los entierros de otros lugares. También es interesante reflexionar aspectos más allá de lo simbólico, ya que no todos los artefactos tuvieron uso en la vida cotidiana, más bien algunos fueron dedicados exclusivamente para los difuntos y depositados aparentemente sin usar dentro del ceremonial luctuoso. De hecho hay piezas de diseño robusto, fabricadas por percusión directa y con huellas de uso y rehabilitación evidentes que pueden asociarse con actividades en vida. Pero, hay también otro grupo numeroso de puntas que nunca fueron arrojadas y que son de diseño delicado, hechas por presión aplicada muy finamente en materias primas seleccionadas. Esto hace referencia a una producción especializada por parte de artesanos habilidosos para un consumo también específico.¹² La mayoría de los ejemplares pertenecen al tipo pedunculado con aletas hacia abajo, pero esta uniformidad tipológica, aunque no pueda ser referida a una producción en serie, refleja cánones formales establecidos y consensuados por la sociedad.

Cabría preguntarse si están presentes aquí avances tecnológicos desarrollados en un ámbito

¹² Si se conocieran las áreas habitacionales de los constructores de tumbas se podría corroborar estas afirmaciones de manera fehaciente.

ritual para posteriormente ser integrados a contextos de la vida cotidiana. En el caso de la propia elaboración de las tumbas, por ejemplo, se vislumbra un antecedente de la minería en toba, que después durante el periodo Clásico caracterizará a la explotación de la obsidiana tanto en el Occidente como en el Altiplano Central. Lo mismo podría haber sucedido con las técnicas de fabricación de herramientas líticas, especialmente con navajillas y puntas.

El uso de moldes, los patrones de diseño, el estereotipo en la iconografía misma, proporcionaron los requisitos a demandas solicitadas por los cambios de las modas. El Opeño, a pesar de su antigüedad, parece corresponder a uno de esos momentos de cambio. Aun cuando existen manufacturas especiales para cubrir necesidades locales, en su acervo hay un número de artículos comunes a los de otros pueblos contemporáneos, entre ellos específicamente los que pudieron ser elaborados exclusivamente para usos funerarios. Es probable que en este tipo de sociedades confluyeran los conflictos para integrar patrones de gusto, necesidades y caprichos, de manera que puede resultar interesante tratar de seguir los avances de tales “modas” y reconocer momentos de cambio en la conducta social.¹³

Algo notorio ligado con la moda son las permutas: se trata de la búsqueda de artículos para agrandar a distintos tipos de consumidores, cuya demanda esté relacionada por ejemplo con la calidad de los materiales, la eficacia del producto terminado y sus implicaciones ideológicas. Por supuesto, en el contexto suntuario de una sociedad jerárquica también podían tener un papel trascendental las utilidades económicas y las distancias que se tenían que recorrer para obtener tales artículos, aunque el valor de cambio en el pasado seguramente se apreció de manera diferente que en el presente.

¹³ Así como en la actualidad resultan relativamente fáciles de distinguir las preferencias hacia productos avalados por propaganda destinada a cubrir o crear tipos de “necesidades íntimas”, para tener todo lo que los demás tienen o “deberían tener”.

Así, las puntas y cuchillos plantean reflexiones más allá de las respuestas que el grupo dio a la búsqueda de alimentos, la cacería, la defensa personal o la guerra. La presencia de estas piezas al interior de las tumbas y en calidad de ofrenda propone un acercamiento a actividades relacionadas con la muerte. Quizá se pueda hablar de arquetipos, ya que en las armas radica toda la carga mágica y simbólica tanto para la conservación de la vida, como para su destrucción. La punta y el cuchillo encierran ideales, retos y entrega. Son el tipo de ofrenda perfecta. Tanto así, que grupos indígenas contemporáneos como los tarahumara las siguen utilizando como piezas de dádiva y de sacrificio cuando en un paraje especial llegan para tallarlas, ofrendarlas y pedir algo. Entonces se tornan en objetos “de petición y compromiso con los dioses”. Por eso la punta y el cuchillo desde tiempos ignotos concentran mucha fuerza, tienen una carga de poder que con seguridad emerge desde los propios yacimientos. De ahí tal vez el empeño por conservarlas.

El cuchillo o la punta —ambas esculturas mortales— se asocian con un dios y un símbolo. Por tal razón, en el mundo precolombino existía un día y una deidad “Cuchillo”. Inclusive, localmente en Michoacán y entre el grupo p’urhépecha, una de las deidades primordiales era *Curicaveri*, quien estaba representado por un cuchillo.¹⁴ El dios igual simboliza al fuego, a la creación, a la vida y su destrucción. Con seguridad y de igual manera están esos otros objetos también tallados en obsidiana, que son de uso desconocido y por ello se denominan “ex-céntricos”.¹⁵

La pieza prehistórica en cuestión, en su calidad de ofrenda además se carga de otros significados. Los individuos que la ofrendaron seguramente reconocieron que se trataba de una herramienta de tiempos antiguos, el resultado

¹⁴ Este elemento sigue presente en ceremonias como las del “Año nuevo P’urhépecha”.

¹⁵ Este tipo de artefactos predomina regionalmente durante el periodo Clásico (Cárdenas, *idem*, 101).

de procedimientos de manufactura ya en desuso y fabricada para fines a ellos desconocidos. Por tal motivo la gente de El Opeño realizó un intento identificatorio a partir de su visión de la historia y de su desarrollo metacientífico. Dicha reinterpretación probablemente tuvo que ver con ámbitos rituales y mágicos y el nuevo retoque en una cara pudo haber tenido el fin de desacralizar el objeto, controlar el antiguo poder del que estaba cargado u otorgarle otra funcionalidad dentro del nuevo espacio sagrado.

Estas evidencias deberían constituir también una advertencia para los arqueólogos quienes, si no se dan cuenta de ellas, manifiestan la tendencia a uniformar sus criterios y a tratar de justificar la diversidad más que a explicarla. Así, podemos suponer que situaciones como las de este hallazgo quizá son más frecuentes de lo que pensamos.

- Arnould, Ch., Patricia Carot y Marie-France Fauvet-Berthelot 1988. "Asentamientos lacustres en la ciénega de Zacapu, Michoacán", en *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas del Centro Occidente de México, Memoria*, México, INAH, Cuaderno de Trabajo 1, pp. 165-175.
1993. *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, Cuadernos de Estudios Michoacanos núm. 5, México, CEMCA.
- Brand, D. D. 1942. "Recent Archaeologic and Geographic Investigations in the Basin of the Rio Balsas, Guerrero y Michoacán", en *7º Congreso Internacional de Americanistas, 1939*, vol. 1, México, SEP, pp. 140-147.
- Cárdenas, E. 1990. "Explotación de obsidiana en el sector occidental del eje neovolcánico", tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.
- Carot, P. 1990. *La originalidad de Loma Alta, sitio preclásico de la ciénega de Zacapu. La época clásica: Nuevos hallazgos, nuevas ideas*, México (Cardos de Méndez, coord.), INAH, pp. 293-303.
1992. "La cerámica protoclásica del sitio de Loma Alta, Municipio de Zacapu, Michoacán: nuevos datos", en Boehm y Weigand (coords.), *Origen y Desarrollo en el Occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, pp. 69-102.
- Cassiano, G. 1998. "Evidencias de poblamiento prehistórico en el área de Mezquititlan, Hidalgo", *Arqueología*, segunda época, núm. 19, México, Dirección de Arqueología-INAH, pp. 25-43.
- s.f. "Cambios en la tecnología lítica entre el Pleistoceno tardío y el

Holoceno temprano en el área de Metztitlan-Mezquititlan, Hidalgo”, México, en prensa.

• Faugère-Kalfon, B.

1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza. Cuadernos de Estudios Michoacanos*, núm. 7, México, CEMCA.

• Florance, C. A.

1985. “Recent Work in the Chupicuaro Region”, en Foster y Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Boulder, Colorado, Westview Press, pp. 9-45.

• Frison, G.C.

1991. *Prehistoric Hunters of the High Plains*, San Diego, California, Academic Press.

• Galván V., L. J.

1991. *Las Tumbas de Tiro del Valle de Atemajac, Jalisco*, México, INAH (Científica, núm. 239), Serie Arqueología.

• García-Bárcena, J.

1982. *El Preclásico de Aguacatenango*, Chiapas, México, INAH (Científica, núm. 110).

• Goggin, J.

1943. “Archaeological Survey of the Rio Tepalcatepec Basin, Michoacán, Mexico”, *American Antiquity*, vol. 9, núm. 1, Menasha, Wis., pp. 44-58.

• Grave Tirado, L. A. y S. Pulido Méndez
2000. “Los Terracalenteños: una cultura arqueológica del Postclásico en Michoacán”, *Antropológicas*, núm. 17, México, IIA-UNAM.

• Grove, D. C.

1970. “San Pablo Pantheon Mound: A Middle Preclassic Site in Morelos, Mexico”, *American Antiquity*, vol. 35, núm. 1, Washington, pp. 62-73.

1974. *San Pablo, Nexpa and the Early Formative Archaeology of Morelos, Mexico*, Nashville, Vanderbilt University Publications in Anthropology, núm. 12.

• Kelly, I.

1947. *Excavations at Apatzingan, Michoacan*, New York, Viking Fund Publications in Anthropology, núm. 7.

1980. *Ceramic sequence in Colima: Capacha, an early phase*, Anthropological Papers of the University of Arizona, núm. 37, The University of Arizona Press.

• Lister, R.

1947. “Archaeology of the middle Rio Balsas basin, México”, *American Antiquity*, vol. 13, núm. 1, Menasha, Wis.

• Lorenzo, J.L. y L. Mirambell (eds.)

1986. *Mamutes excavados en la Cuenca de México*, México, Departamento de Prehistoria, INAH.

• Macías Goytia, A.

1988. “La arqueología en Michoacán”, en C. García Mora (ed.), *La Antropología en México*, Panorama Histórico núm. 13, México, INAH (Biblioteca).

1990. *Huandacareo: Lugar de juicios, tribunal*, México, INAH (Científica, núm. 222).

• MacNeish, R.S., A. Nelken-Terner e I.W. Johnson

1967. *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, (vol. 2, The non-ceramic artifacts), Austin, The University of Texas Press.

• Michelet, D., A. Ichon y G. Migeon

1988. “Residencias, barrios y sitios postclásicos en el malpaís de Zacapu”, en *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas del Centro Occidente de México, Memoria*, Cuaderno de Trabajo 1, Querétaro, INAH, pp. 177-191.

1989. “El proyecto del CEMCA en Michoacán. Etapa I: un balance”, *Trace*, núm. 16, México, CEMCA, pp. 70-87.

• Moedano, K. H.

1946. “La cerámica de Zinapécuaro, Michoacán”, *Anales del Museo*

Michoacano, segunda época, núm. 4, Morelia, Michoacán, pp. 39-49.

• Mountjoy, J.

1982. *Proyecto Tomatlán de Sakamento Arqueológico*, México, INAH (Científica, núm. 122).

1994. "Capacha: Una cultura enigmática del occidente", *Arqueología Mexicana*, núm. 9, vol. II, México, Raíces, pp. 39-42.

• Niederberger, B., C.

1976. *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la cuenca de México*, México, INAH (Científica, núm. 30).

1987. *Paleopaysages et archæologie pre-urbaine du Basin de Mexico*, México, CEMCA (Collection de Études Mesoaméricaines, vol. I, II).

• Noguera, E.

1931. "Exploraciones arqueológicas en las regiones de Zamora y Pátzcuaro, Michoacán", *Anales del Museo Nacional de México*, t. VII, época 4ª, pp. 89-103.

1942. "Exploraciones en El Opeño, Michoacán", *Memorias, XXVII Congreso de Americanistas*, vol. 1, México, INAH, pp. 574-86.

• Oliveros, A.

1974. "Nuevas exploraciones en: El Opeño, Michoacán", en B. Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico*, Jalisco, México, pp. 182-201.

1992. "El Valle Zamora-Jacona, Michoacán: Un proyecto arqueológico en Michoacán", en Boehm y Weigand (coords.), *Origen y Desarrollo en el Occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán, pp. 239-249.

2000. "El Espacio de la Muerte. Hacedores de Tumbas en el México Prehispánico", tesis doctoral, México, ENAH-INAH.

• Pastrana, A.

1988. "La localización e identificación de yacimientos de obsidiana y otras materias primas", en C. García Mora (ed.), *La Antropología en México*, vol. 6, México, INAH, pp. 261-273.

1994. "La estrategia militar de la Triple Alianza y el control de la obsidiana: El caso de Izteyocan, Veracruz", *Trace*, núm. 25, México, CEMCA, pp. 74-82.

• Pollard, H.

1977. "An Analysis of Urban Zoning and Planning at Prehistoric Tzintzuntzan, Mexico", *Proceedings: American Philosophical Society*, vol. 121, núm. 1, Filadelfia, pp. 46-69.

1980. "Agrarian Potential, Population and the Tarascan State", *Science*, núm. 209, pp. 274-277.

• Porter, Muriel

1953. *Tlatilco and the Preclassic Culture of the New World*, New York, Viking Found. Publications in Anthropology, núm. 19.

• Santamaría, D. y J. García-Bárcena

1989. *Puntas de proyectil, cuchillos y otras herramientas sencillas de Los Grifos*, Cuaderno de Trabajo núm. 40, México, Subdirección de Servicios Académicos, INAH.

• Turner, E.S. y T.R. Hester

1985. *Field guide to stone artifacts of Texas indians*, Houston, Texas, Lone Star Books.

• Vaillant, George C.

1930. *Excavations at Zacatenco*, New York, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 35(2).

• Weigand, P.

1996. *La Evolución y ocaso de un núcleo de civilización: La Tradición Teuchitlán y la arqueología de Jalisco*, Antropología de Jalisco, una Visión Actual, t. 1-2, Guadalajara, Jalisco.